

LASA, XXIV International Congress, Dallas, Texas, 27-29 de marzo, 2003.
Panel: La revolución social en el Chile de Allende: treinta años después

La revolución de los pobladores, treinta años después...

Mario Garcés D.¹

Pensar a los pobladores treinta años después nos enfrenta al clásico problema de la historia, cual es el que ya sabemos bastante más "del futuro del pasado" de los pobladores. Conocemos bastante más de lo que en los años sesenta era todavía una suerte de movimiento social "auxiliar" de los movimientos sociales en sentido estricto, es decir, el movimiento obrero y campesino. Conocemos también más de estos últimos movimientos. Y paradójicamente, mientras obreros y campesinos veían declinar sus movilizaciones y sufrían los más duros efectos de la represión post-11 de septiembre –el chileno, por cierto-, los pobladores ensayaban nuevas estrategias movimientistas en los ochenta y se convertirían en el principal movimiento social opositor a la dictadura de Pinochet.

Indica el saber popular, que de lejos se ve más claro, y para esta ponencia, en cierto modo debemos ensayar este camino, es decir intentar ver más claro con la distancia, quiénes eran los pobladores en los años sesenta y setenta, qué demandas los articulaban, qué acciones protagonizaban, qué tradiciones los sustentaban y qué proyectos políticos los animaban.

1.- Re-fundar la ciudad, creando "poblaciones".

En el debate que desde la sociología acompañó al desarrollo de los denominados "nuevos movimientos sociales" en los años ochenta, dos o tres aspectos fueron destacados como novedades: el relativo a las estructuras participativas de los nuevos movimientos, su desarrollo espacial o apropiación territorial y con más dificultad, la cuestión del sentido político de la acción de los movimientos². En el caso de los pobladores chilenos, todos estos elementos estaban, en cierto modo insinuados en los años sesenta, por una parte, sus estructuras organizativas daban cuenta de una doble dinámica, la de la acción comunitaria y la de su vinculación con el sistema político a través de los partidos; por otra parte, es evidente que la cuestión del control territorial era central para los pobladores, ya que, como veremos, el movimiento buscaba una nueva posición en la ciudad – repoblar, refundar la ciudad-; y, en tercer lugar, la cuestión del sentido político del movimiento si bien podía ser menos clara, contaba a su favor con el proceso político global que representaba el tránsito de la "revolución en libertad" a "la vía chilena al socialismo", es decir la superación de la dinámica de integración regulada que

¹ Mario Garcés, historiador. Doctor en Historia, docente e investigador. Director de ECO, Educación y Comunicaciones.

² Calderón, Fernando (compilador), Los movimientos sociales ante la crisis, CLACSO, Buenos Aires, 1986, pp. 327 y ss.

proponía la Democracia Cristiana para dar paso a nuevas relaciones de poder con "vistas al socialismo".

Propongo, partir por considerar entonces, lo que a mi juicio constituye el mayor logro histórico del movimiento de pobladores chilenos bajo el Chile de Allende, cual es el haber modificado las formas de habitar la ciudad en favor de las mayorías populares de Santiago de Chile. La ciudad capital chilena, de modo semejante a muchas ciudades latinoamericanas, se caracterizó desde tiempos coloniales por condenar a los pobres a precarias condiciones de vivienda, sea en los intersticios de las ciudades patricias o simplemente lanzándolos a sus márgenes o sitios sin valor comercial (las riberas de los ríos, basurales, etc.). Concretamente, en el caso de Santiago de Chile, un Censo de Ranchos ordenado por el Cabildo en 1802, demostró que el 25,5% de los edificios de la ciudad correspondían a esta forma de habitación popular, de origen campesino³. En la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad recibía diariamente campesinos que llegaban a la ciudad como producto de las crisis campesinas, de tal modo que Santiago no sólo fue creciendo, sino que se fue segregando al punto que en 1872, el intendente Benjamín Vicuña Mackena reconoció la existencia de prácticamente dos ciudades: la ciudad "propia, culta y cristiana" y la ciudad bárbara o popular, que ya ocupaban espacios relativamente semejantes. Más tarde, para el centenario de la República, en 1910, se estimaba que más de un cuarto de la población de Santiago vivía en ranchos, conventillos y cuartos redondos. Finalmente, en la segunda mitad del siglo XX, cuando se realizó el Primer Censo Nacional de la Vivienda, en 1952, se admitió que el 30% de los chilenos carecían de una vivienda mínimamente digna, guarismo que en el caso de Santiago, según mis propios análisis del Censo, hay que hacer subir al 36.2% de las viviendas de la ciudad. En términos absolutos, 447.026 santiaguinos vivían en 1952 en viviendas precarias –piezas en una casa, conventillos, ranchos y "poblaciones callampas"- mientras que otros 85.745 lo hacían en viviendas unifamiliares en mal estado, lo que suma un total de 534.771 habitantes, que representaban el 30.5% de la población total de Santiago⁴. Es decir, lo que se puede afirmar sin lugar a ninguna duda, es que los pobres vivían en condiciones precarias desde tiempos coloniales, pero además, que esas condiciones en el desarrollo de la República empeoraron y la secuencia del deterioro se puede esquematizar más o menos así: rancho, de origen campesino, conventillo como saturación urbana y vivienda precaria, y "callampas" (una forma de habitación semejante a las favelas brasileñas), como la forma más empobrecida y en el límite de la noción de poblar una ciudad, de ser parte de la ciudad..

Este fue, en cierta manera, el punto de partida del movimiento: vivir al límite, en la forma más precaria que los pobres de América Latina han debido inventar cuando buscan un espacio propio en la ciudad. En el caso de Santiago, no se trataba sólo de aquellos pobres, que las teorías funcionalista de los años sesenta, vieron como "marginales" (no integrados, puestos fuera de las estructuras de la participación social), sino que obreros y empleados pobres, es decir, sujetos

³ De Ramón Armando, Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana. Editorial MAPFRE. España, 1992, p. 114.

⁴ Garcés, Mario Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970. LOM Ediciones, Santiago, 2002. p. 68.

integrados ni más ni menos que a las estructuras productivas del sistema capitalista chileno. Los estudios, tanto de funcionarios de ministerios sociales del Estado, como sobre todo las trabajadoras sociales, en los años cincuenta reconocieron que "la naturaleza del callampero era la misma que la del obrero".⁵ Pues bien, fueron estos sujetos pobres de la ciudad y desde las poblaciones callampas, que se pusieron en movimiento en 1957 para realizar unas de las primeras ocupaciones ilegales de sitios y dar vida a la "población La Victoria".

El "movimiento de pobladores" a partir de 1957 había encontrado una manera de modificar la forma de "poblar" la ciudad desde los más pobres, había encontrado una forma de redefinir su posición espacial en la ciudad generando nuevas formas de desarrollo de la ciudad popular. Pero, esta nueva estrategia de poblamiento, a diferencia del crecimiento vegetativo de los conventillos o las callampas, implicaba al menos dos pasos tácticos fundamentales, por una parte, potenciar capacidades organizativas propias, y por la otra, mecanismos de presión sobre el Estado. Esta última, suponía necesariamente alianzas fundamentales con quienes podían convertir en "socios" de sus luchas, la Iglesia y los partidos políticos y más ampliamente, los sectores progresistas de la clase media.

En verdad, sin embargo, parafraseando a Sydney Tarrow,⁶ que el año 1957 se fue configurando una "estructura de oportunidades políticas" favorable para los pobladores: en marzo de ese año, las elecciones mostraron los límites y también el ocaso del populismo de Ibáñez, reestableciéndose el prestigio de los partidos políticos, pero tanto más significativa fue algo así como la "asonada popular" de abril de 1957, un movimiento de protesta social que comenzó entre los estudiantes, siguió con los obreros y en su momento pick, puso al pueblo en las calle, obligando al gobierno a revisar sus políticas de ajuste. Este mismo año, se produjo "la toma de la Victoria", en octubre de 1957.

La coyuntura electoral de 1958, por otra parte, fue especialmente álgida y crítica, ya que no sólo se fundaba en partido Demócrata Cristiano, que sería un aliado del mundo poblacional en la década siguiente, sino que emergió, como ha indicado Tomás Moulián, "el fantasma de Allende". En efecto, Allende no fue elegido en 1958, sólo gracias a una maniobra electoral de última hora, pero ya se hizo claro que representaba a un tercio del electorado nacional. En este contexto, el Estado, a partir de 1958 tuvo que reconocer progresivamente a los pobladores como interlocutores válidos, pero además, comenzar a desarrollar políticas nacionales que abordaran el problema habitacional, que ya a estas alturas había sido reconocido en el debate parlamentario, como "el principal problema social del país". El gobierno de Alessandri (1958-1964) dio inicio al primer "plan nacional de viviendas" efectivo, convirtiendo al Estado y la empresa privada en grandes "constructores de poblaciones" pobremente equipadas (muchas de ellas sitios urbanizados), pero "población" al fin. Cuando la política de Alessandri se debilitó, el movimiento volvió rápidamente por sus fueros, tomando ilegalmente nuevos sitios y dando origen a

⁵ Ibid. P. 52.

⁶ Tarrow, Sidney El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política. Alianza Universidad, Madrid, 1997. P 147 y ss.

nuevas poblaciones populares (Santa Adriana, en el sector sur de Santiago, entre las más conocidas).

Bajo la administración de Eduardo Frei M. (1964-1970), la relación del movimiento con el estado se hizo más fluida, ya que la Democracia Cristiana llegó al gobierno, en gran medida con el apoyo de los pobladores, pero además ésta les había ofrecido una nueva política de integración y de "promoción popular". El Estado chileno puso entonces en movimiento, tal vez el más significativa esfuerzo de "governabilidad" por la vía de una integración social regulada, favoreciendo el desarrollo de la organización popular así como la ampliación de los mecanismos de acceso a la vivienda a través de la creación del Ministerio de la Vivienda y diversos planes de vivienda popular. Pero, lo que la administración Frei no previó fue el desarrollo del propio movimiento de pobladores y los grados de autonomía que éste podía alcanzar en corto plazo, al punto de imponer al Estado, hacia finales del gobierno DC, su propia política de poblamiento: la multiplicación de los planes de "operación sitio" y de "tomas de sitios" que dieran origen a nuevas "poblaciones", que configuran hasta hoy la geografía popular urbana de Santiago. Un punto de inflexión fue la toma que los pobladores de Barrancas desarrollaron el 14 de marzo de 1967 y que dio origen a la población Herminda de la Victoria (a la que cantó poco tiempo después Víctor Jara), un punto de inflexión en el sentido que tanto el gobierno como las organizaciones de pobladores conocían perfectamente el déficit habitacional existente, pero además, ambos actores también sabían que se requería de una voluntad política muy activa para remover los diversos obstáculos que implicaba organizar nuevas poblaciones. El tiempo social entonces apuraba el paso del tiempo político, de tal modo que, o el Estado caminaba al ritmo de un pueblo que ganaba en confianza y apoyos o sería desbordado por la presión de los pobladores. Ocurrió esto último, de tal modo que las "tomas" se fueron multiplicando en la ciudad de Santiago: 13 en 1967; 4 en 1968; 35 en 1969 y 103 en 1970. A nivel nacional, no se tiene noticias para 1967, pero si se sabe de 8 tomas en 1968; 23 en 1969 y 220 en 1970.⁷

El hecho macizo es que en 1972, existían en Santiago más de 300 campamentos que correspondían a tomas y operaciones sitio, que congregaban a más de 50 mil familias y a unos 250 mil santiaguinos. Pero, lo más importante es que se cerraba un ciclo histórico: de pobres de ranchos conventillos y callampas, mediante la presión al Estado para ampliar las operaciones sitios, o tomando sitios directamente, comenzarían a dar vida a nuevos barrios y "poblaciones", como producto del desarrollo de su propio movimiento.

2.- La coyuntura del cambio social: Potenciar las tradiciones organizativas y ensayar nuevas formas de organización "desde abajo".

Si se observa el movimiento de los pobladores en el "tiempo largo" de la historia, incluso antes de la "toma de La Victoria" de 1957, se puede reconocer que de modo semejante a la historia del movimiento obrero, aún antes que el Estado

⁷ Ibid. P. 350.

legislara sobre las organizaciones vecinales, los pobladores contaron con sus propias y diversas organizaciones de base. Los habitantes de conventillos, ya en los años veinte, se organizaron en comités y protagonizaron "huelgas de arrendatarios", del mismo modo que a principios del siglo, lo habían hecho sus homólogos en Buenos Aires. En los años treinta, se organizó un Frente Nacional de la Vivienda, que se propuso impulsar la construcción de habitaciones para obreros y empleados así como intervenir en las ventas irregulares de sitios; en los años cuarenta, se multiplicaban las Juntas o Comités de Adelanto, Juntas de pobladores, Juntas de Vecinos para intervenir en la "formación" de nuevas poblaciones, que surgían como producto de la ampliación del mercado urbano; en los años cincuenta, el panorama organizativo de los pobladores se diversificó y extendió por prácticamente todo Santiago, de tal suerte que el historiador Manuel Loyola logró listar la existencia de 102 organizaciones, entre las que se contaban diversos "comités" de vecinos, de pobladores de agregados, de familias y femeninos⁸. Estos comités podían cumplir con distintos propósitos, adelantos en el barrio, reivindicaciones urbanas (luchas por la obtención de luz eléctrica, el alcantarillado, etc.), sociabilidad comunitaria, pero también, a partir de estos años, se comenzaron a crear organizaciones que se proponían luchar por la casa propia. Este fue el caso de la situación que precede a la "toma de La Victoria", donde fue necesaria a la constitución de diversos "Comités de sin casa". Este tipo de organización, en adelante, se iría multiplicando y activando en diversas coyunturas, coexistiendo en el tiempo con las organizaciones más centradas en la obtención de adelantos urbanos o la sociabilidad comunitaria.

Estas diversas organizaciones, y en especial los comités de sin casa, establecían vínculos con las instituciones locales –los servicios de salud, por ejemplo-, pero vínculos, que podríamos llamar más orgánicos, con la Iglesia Católica y con los partidos políticos de izquierda, comunistas y socialistas. Se fueron constituyendo de este modo, dos vertientes de relaciones muy importantes, que tendrían desarrollos relativamente disímiles, ya que mientras la Iglesia promovió el desarrollo de Centros de Madres y cooperativas, que más tarde entroncarían con las orientaciones de la Democracia Cristiana, que apoyaría el desarrollo de Juntas de Vecinos, la relación con los partidos políticos de izquierda, potenció la lucha de corte más reivindicativa de los "comités de sin casa", que aspiraban a resolver el problema de la "habitación popular". He dicho vertientes, en un sentido muy laxo, ya que en realidad, tanto la vinculada a la Iglesia como a la DC así como aquella que establecía una relación más orgánica con la Izquierda tenderían en el mediando plazo a confluir, sobre todo cuando el movimiento de pobladores ganó en extensión y desarrollo.

A fines de los cincuenta, el movimiento contaba con la experiencia de la "toma de la Victoria", pero, además tanto la organización TECHO, como el Hogar de Cristo, ambas instituciones vinculadas a la Compañía de Jesús de la Iglesia Católica, realizaban diversos programa de trabajo social, promoviendo, por ejemplo, la creación de Centros de Madres tanto en la Victoria, como en la recién creada población San Gregorio, así como también en las poblaciones Aníbal Pinto y Germán

⁸ Loyola, Manuel, "Los pobladores de Santiago, 1952-1964: Su fase de incorporación a la vida nacional". Memoria, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, sin fecha, p.45

Riesco, vecinas a la población La Legua. Por su parte, la izquierda, no sólo había apoyado a los pobladores de La Victoria en la toma, sino que tenía una reconocida presencia en La Legua, desde fines de los años cuarenta, así como en muchas otras poblaciones pobres de Santiago.

En los años sesenta, todas las orientaciones favorables al cambio social se expandieron y potenciaron en distintos sectores de la sociedad y tanto la Iglesia como los partidos se convertirían en aliados fundamentales en el desarrollo del movimiento poblacional. La Iglesia Católica inició su propio aggiornamento, bajo el pontificado de Juan XXIII, convocando al Concilio Vaticano II y a una profunda renovación en las prácticas pastorales locales que en Santiago tuvo expresión en nuevas orientaciones en el episcopado nacional⁹ y en la convocatoria a La Misión General.¹⁰ Se trataba de llevar el mensaje de Cristo a todos los sectores de la sociedad, y en el caso de las poblaciones, junto al culto en lengua vernácula, se comenzaban a abordar temas estrictamente terrenales: los salarios, la vivienda, el alcoholismo, la vida matrimonial, etc. Evidentemente la Iglesia, que mantenía una presencia fuerte en las poblaciones, tomaba ahora una posición que la acercaba a "la vida" de los pobladores, y en consecuencia a sus luchas y demandas por una mayor justicia social. Pero, más todavía, desde DESAL, en centro de estudios de la Compañía de Jesús se comenzaba a trabajar y difundir el mayor esfuerzo teórico realizado a la fecha con relación a los pobladores, me refiero, a la "teoría de la marginalidad", planteamiento a través del cual se reconocía la existencia del "mundo de los pobladores" como puesto fuera de las estructuras básicas de participación social (en este sentido "marginales") y que correspondía, en consecuencia "integrar socialmente" promoviendo tanto sus propias organizaciones, pero sobre todo a través de una acción sistemática del Estado. Ambos procesos, el del cambio en las orientaciones de la Iglesia así como el desarrollo de la teoría de la marginalidad serían pronto fundamentales, cuando la Democracia Cristiana conquistó el gobierno, en 1964. Ahora, los pobladores contarían con el apoyo del Estado para potenciar el desarrollo de sus organizaciones.

Paralelamente a los cambios en las orientaciones de la Iglesia, los partidos políticos de la izquierda hacían sus propios aprendizajes. En el caso de los socialistas, su presencia sobre todo en la zona sur de Santiago, que por varios años fue el epicentro del movimiento de pobladores, es indiscutible y se expresaba de modo particular a través de la acción de sus dirigentes políticos que provenían del propio pueblo. Tal es el caso de la familia de los "Palestro", que muy tempranamente ocuparon cargos edilicios en la Municipalidad de San Miguel y que desde estas posiciones apoyaron las principales tomas de sitios de la zona sur de la capital (La Victoria, 1957; Santa Adriana, 1961). En el caso de los comunistas, su aprendizaje fue más complejo, ya que el PC no sólo "estaba de lado del pueblo" o más precisamente era pueblo en las bases poblacionales, sino que debía realizar más de un ajuste teórico respecto de estos sectores populares que no articulaban sus prácticas en la fábrica, sino en el territorio. En el PC, ya la asonada de abril de 1957 había producido desconcierto, en el sentido que los más pobres, una suerte de

⁹ El documento más notable de la época fue "El deber social y político en la hora presente (Pastoral Colectiva del episcopado chileno)". En: Mensaje N° 114, noviembre de 1962, p. 577 y ss.

¹⁰ Garcés, Tomando su sitio, p. 246.

“semi-proletariado” joven y atrasado políticamente, desbordaba las orientaciones del partido.¹¹ Bajo esta mirada, la única alternativa existente era vincular sus demandas a “la lucha económica reivindicativa de la clase obrera”.¹² Sin embargo, relativamente pronto, a fines de los años cincuenta, el PC realizó los ajustes necesarios para considerar a los pobladores como un nuevo sujeto o movimiento social, ajuste más que teórico, sobre todo político, que les permitiría, en primer lugar, considerar la cuestión de la vivienda como una “reivindicación popular”, parte integrante de su política de “liberación nacional”, y en segundo lugar, valorar y promover la organización de los pobladores en un sentido amplio y diverso, en una lógica más de “movimiento”. Como indicó la Revista Principios en la ocasión, “corresponde darles nueva vida a dichas organizaciones, de tal modo que su influencia se haga sentir en un radio mucho más amplio que el habitacional. Los comités de pobladores... deben ser los campeones de toda iniciativa de adelanto local: la feria libre, la movilización, la difusión de actividades culturales a los barrios, la vinculación con el movimiento deportista aficionado, etc. Por otra parte, corresponde que la vida interna de dichas organizaciones se haga más interesante, sea más útil a la población y signifique un medio para educar y capacitar al obrero, especialmente a la mujer y la juventud, a través de iniciativas diversas; y debe obtenerse la ayuda organizada al movimiento de pobladores, de profesionales: médicos, abogados, visitadoras, ingenieros, arquitectos, maestros, etc.”¹³

En suma, en los años sesenta, los aliados estratégicos del movimiento de pobladores, la Iglesia y la DC, por un lado y la Izquierda, por el otro, se habían dejado permear por la situación y la acción de los pobladores. Una situación que, sin lugar a dudas, favorecería el desarrollo del movimiento de pobladores al contar éstos con mayores apoyos para potenciar sus propias tradiciones organizativas. En efecto, los pobladores contaban con experiencias de auto-organización, que se expandieron y multiplicaron cuando la DC desde el Estado les dio apoyo y los reconoció como interlocutores y cuando la Izquierda los vio como una nueva vertiente del “movimiento popular”.

Desde el punto de vista del desarrollo de las organizaciones de los pobladores, la Democracia Cristiana en el gobierno, a través de un organismo creado para estos fines, la “Promoción Popular”, desarrolló diversos cursos de capacitación técnica y cívica, así como charlas y seminarios (según el último Informe presidencial de Eduardo Frei, se realizaron bajo su administración, 17.435 cursos a los cuales asistieron 666.316 personas) y se promovió la creación y apoyo a más de 20 mil nuevas organizaciones de base e intermedias (3.417 juntas de vecinos, 6.072 centros de madres, 1.246 centros juveniles, 6.145 clubes deportivos,

¹¹ En el Informe de la Comisión Política al XXIV Pleno del Comité Central del PC, de mayo de 1957, se lee: “que en las luchas callejeras de los primeros días de abril participaron muchos de estos trabajadores jóvenes políticamente atrasados y que no pocos de ellos, sin suficiente claridad, ni orientación, creyeron que actuaban bien, hicieron cosas que no debieron hacer o no ayudaron a aislar y aplastar a los provocadores y delincuentes que soltó el gobierno para tratar de desviar y desprestigiar ese movimiento popular” Revista Principios, N° 42, mayo de 1957, p. 12 En: Garcés, Tomando su sitio, p. 149.

¹² Ibidem.

¹³ Andress, Bert “Los gerentes organizan el gran negocio con la vivienda popular”. Revista Principios N 55, Santiago, marzo de 1959, pp. 47 y 48. Citado por Garcés, Tomando su sitio, p. 239.

1.978 centros de padres y apoderados, 973 organizaciones de otro tipo, más 178 organizaciones intermedias, uniones comunales de los diversos sectores organizados en barrios y poblaciones).

Es evidente que estas cifras son indicativas de que se trató de uno de los mayores esfuerzos organizativos que se promueve desde el Estado sobre un sector de la sociedad –sólo tal vez comparable a la constitución de sindicatos agrícolas, que acompañó, en estos mismos años al proceso de reforma agraria- y que inevitablemente interrogó tanto a los propios pobladores como a la izquierda sobre sus propósitos y sentidos. En la DC existían diversas visiones sobre el sentido de la organización poblacional, desde la competencia por las bases populares frente a una izquierda que era fuerte en el campo sindical, pasando por genuinas orientaciones a favor de la organización popular y sus dinámicas comunitarias, hasta orientaciones de tipo corporativistas que veían la necesidad de poner a estas nuevas organizaciones en directa dependencia del Estado. El debate, en cierto modo quedó zanjado en el parlamento, cuando éste obligó a la DC a modificar su proyecto original de organizaciones vecinales y comunitarias, que buscaban hacerlas depender directamente del Ministerio del Interior.

Sin embargo, más allá de los límites que el parlamento puso a la DC, la dinámica misma del movimiento, junto con verse favorecido con los apoyos estatales a las organizaciones de base, tendió a concentrar sus mayores esfuerzos en la presión al gobierno y al Estado en función de la cuestión de la vivienda. Y si bien el gobierno de Frei se había propuesto una activa política de vivienda, esta se demostró pronto insuficiente respecto de la demanda realmente existente, que sin dudas creció aún más de lo previsto mientras más organizados estaban los pobladores. Por otra parte, en esta lógica reivindicativa de los pobladores, contaban con el apoyo de la Izquierda política, en especial el PC, que promovió la organización de "Comités de sin casa" y la articulación de "Comandos Comunales de Sin Casa". A estas alturas, finalmente, los pobladores habían aprendido, junto a la izquierda a desplegar tácticas que combinaban recursos legales con acciones ilegales, para tomar sitios y mantenerse en ellos.

Materializar una toma implicaba partir por organizar comités de sin casa y articularlos barrial o comunamente; inscribirse en los programas de habitación popular (normalmente depositar un mínimo de 20 cuotas CORVI) y demandar al Ministerio de la Vivienda para ser incorporados a los programas en desarrollo –en especial al programa de "operaciones sitios-; y frente a las trabas burocráticas del Ministerio de la Vivienda, concertarse para una "toma". Llegados a este punto, la acción seguía un curso más operativo (o conspirativo) que implicaba, elegir un sitio a invadir, tarea que normalmente cumplían los dirigentes; fijar un día y una hora, que normalmente se avisaba con algunas horas de anticipación a los involucrados para contar con el factor sorpresa frente a la policía; la consigna más frecuente era venir a la hora indicada, habitualmente durante la noche, con "tres palos y una bandera" (los palos o maderos para armar una pequeña carpa, la bandera para afirmar un principio simbólico de soberanía territorial); una vez materializada la "toma de sitios" llamar a diputados a autoridades políticas locales de la izquierda, muchas veces previamente convenidas, para evitar la represión; y, los más

importante, resistir el mayor número de horas posibles hasta iniciar las negociaciones con el Ministerio de la Vivienda, el que podía garantizar la permanencia en los sitios tomadas o la promesa de ser trasladados, en poco tiempo, a sitios definitivos.

Consolidada una toma, tomaba el nombre de "campamento", lo que indicaba el carácter transitorio de la ocupación en cuanto a la vivienda, ya que avanzadas las negociaciones podían iniciarse las tareas mínimas de urbanización y más tarde, la construcción de la casa definitiva y la población propiamente tal. La fase de "campamento" solía ser la más rica desde el punto de vista político y organizativo, ya la mayor parte de las veces esta se constituía como una experiencia de democracia directa. El Comité de sin casa, ya de manera previa o inmediatamente materializada la toma, se tendía a organizar en "comisiones" o "frentes": de salud, cultura, construcción, vigilancia, etc. Dependiendo los grados previos de organización y también las orientaciones políticas dominantes, estas comisiones o frentes podían alcanzar importantes grados de desarrollo, hasta una forma auto-gobierno local. Tal fue el caso, durante la Unidad Popular del conocido "Campamento Nueva Habana". Este Campamento surgió el 1 de noviembre de 1970, del traslado hacia el sector sur oriente de la capital de tres tomas de sitios realizadas durante ese año: "Magaly Honorato", "Elmo Catalán" y "26 de julio", todas de algún modo vinculadas al Campamento 26 de Enero en que había jugado un rol protagónico el naciente Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Según Manuel Paiva, un joven dirigente poblacional durante los años de la Unidad Popular, el Campamento, que congregaba a unas 1.400 familias, se estructuró en 24 manzanas y cada manzana contaba con 64 sitios en que vivían 63 familias y un sitio era destinado a sede social. Las 63 familias hacían su vida social en la sede de cada manzana, durante la tarde se dictaban cursos para las mujeres, más tarde los jóvenes podían jugar ping pong, y en la noche, una vez por semana al menos, se reunían los adultos:

"Semanalmente se hacía la reunión de manzana que era la oficial, la reunión de la manzana. Ahí se entregaba toda la información que venía del Directorio. El Directorio era como una especie de instancia legislativa al interior del Campamento; estaba compuesto por los 24 jefes de manzana, más la jefatura integrada por siete miembros. Entonces, esos siete miembros, que además eran elegidos democráticamente tras una elección donde participaba todo el Campamento... De este Directorio, surgían los "frentes de trabajo". Los jefes de manzana pasaban a ser también como jefes de frentes en algunos casos, como el Frente de Vigilancia, Frente de Salud, Frente de Cultura, etc."¹⁴

Cada "frente" cumplía en el Campamento con diversas tareas, el de vigilancia con la seguridad; el de salud con el aprendizaje de los primeros auxilios y el aseo, el de trabajo, con la construcción de las nuevas viviendas, el de cultura con la formación y la recreación. Ciertamente, esta experiencia, que sin dudas tiene conexiones con la que iniciaran los pobladores de La Victoria en 1957 –estos también crearon diversas comisiones de trabajo, que construyeron la primera

¹⁴ Entrevista realizada por el autor de esta ponencia a Manuel Paiva, 4 de octubre de 1998.

escuela, la primera policlínica, etc.- marcó fuertemente a sus protagonistas, ya que no sólo iniciaban la construcción de un habitat nuevo y distintos –su población- sino que además lo hacían mediante formas participativas y de democracia directa.

En general los más de 300 Campamentos que había en Santiago en los años de la Unidad Popular desarrollaron alguna forma de auto organización importante, tanto en la etapa previa a la toma como en la constitución misma del campamento. Estas formas de auto organización buscaron enfrentar y resolver la mayor parte de los problemas urbanos, servicios básicos asociados a la vivienda, pero también, alguna infraestructura mínima de servicios de educación y salud e incluso de trabajo, cuando los desempleados encontraron ocupación en la construcción de sus propias vivienda y la de sus vecinos. Por otra parte, durante la Unidad Popular, frente a la crisis de distribución de alimentos, provocado por el boicot y el desabastecimiento que generaron los opositores a Allende, los pobladores acogieron la propuesta del gobierno de Salvador Allende y multiplicaron, además de su propias organizaciones, las JAP (Juntas de Abastecimiento y de Control de Precios) y Almacenes Populares.

En suma, refundar la ciudad no era sólo un problema de conseguir una vivienda digna, sino de “poblar” en un sentido más amplio, es decir de apropiarse del espacio urbano para hacer posible el desarrollo de nuevas formas de sociabilidad, con un fuerte acento en la auto organización, la vida comunitaria y el desarrollo local y la democracia directa.

3.- Pasado y presente del movimiento de pobladores: los cursos de la memoria, las nuevas identidades y los nuevos desafíos de los pobladores.

Recientemente, Raúl Zibechi, investigador y editor de Internacionales de la Revista Brecha de Uruguay, ha indicado que los movimientos sociales de América Latina transitan caminos nuevos, distintos a los del movimiento sindical como a los nuevos movimientos de los países centrales. Estos nuevos caminos suponen, un “viraje de largo aliento” con relación a la vieja orientación estatal de los movimientos tradicionales, visible hasta los años setenta, cuando “la acción social perseguía el acceso al estado para modificar las relaciones de propiedad, y ese objeto justificaba las formas estadocéntricas de la organización, asentadas en el centralismo, la división entre dirigentes y dirigidos y la disposición piramidal de la estructura de los movimientos”¹⁵ De acuerdo con Zibechi, los actuales movimientos sociales de AL, participando de este viraje, presentarían una serie de nuevas características, entre otras, territorialización, autonomía del estado y los partidos políticos, reafirmación de sus culturas e identidades, formación de sus propios intelectuales, un nuevo papel de las mujeres, preocupación por la organización del trabajo y la relación con la naturaleza, rechazo a las formas de organización piramidal, y nuevas formas de acción más cercana a la toma y la ocupación de espacios que a la huelga. De este conjunto de características, este autor indica “las

¹⁵ Zibechi, Raúl. “Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos”, En. Revista Observatorio Social de América Latina, N 9, CLACSO, Buenos Aires, enero de 2003. P. 185

nuevas territorialidades son el rasgo diferenciador más importante de los movimientos sociales latinoamericanos, y lo que les está dando la posibilidad de revertir la derrota estratégica”¹⁶

Pues bien, admitiendo que efectivamente desde los años ochenta la sociología, que ha seguido el curso de los movimientos sociales latinoamericanos, ha reconocido y enfatizado en el viraje o el tránsito desde los movimientos tradicionales a los nuevos movimientos, algunas de estas perspectivas analíticas indicadas por Zubechi nos pueden ser útiles para cerrar esta mirada a los pobladores, 30 años después de la etapa allendista.

3.1 Los cursos de la memoria

Que el movimiento de pobladores se articulaba en torno al territorio, no cabe ninguna duda, ya que se trataba ni más ni menos que cerrar un largo periplo histórico que permitiera la superación de las formas precarias de poblar la ciudad (ranchos, conventillos, callampas) para refundar la ciudad (sobre la base de “poblaciones”). Que ello, al mismo tiempo implicaba el desarrollo de un tipo de organización orientada no sólo al Estado, sino hacia adentro, hacia la comunidad, es un rasgo que también alcanzó un importante desarrollo entre los pobladores chilenos. Sin embargo, la memoria indica que el movimiento sufrió al igual que los movimientos tradicionales una de sus mayores derrotas el 11 de septiembre de 1973, cuando la represión identificó a la “fábrica” y la “población” como los espacios (simbólicos) propios del pueblo y su capacidad de hacer historia, y que en consecuencia, debían ser sitiados y disciplinados por la vía de las armas. Es sabido, aunque poco debatido en Chile, que los militares actuaron para el golpe como “ejército de ocupación”. Esta fue la experiencia de la represión política, policial y militar, que impuso el silencio y el repliegue de los pobladores. En segundo lugar, consolidado relativamente este objetivo desde el poder cívico militar dictatorial, vinieron las reformas al propio Estado, pero más que eso, las reformas políticas y económicas a favor de un nuevo modelo desarrollo centrado en el mercado y la ideología neoliberal. Esta fue una segunda derrota, tanto más permanente que la primera, que obligó al movimiento no sólo a hacer cargo de la resistencia política a la dictadura, sino también a inventar formas colectivas de sobre vivencia (en los barrios y poblaciones de Santiago, se multiplicaron en estos años los “Comedores Populares” y “Ollas Comunes”, las “Bolsas (asociaciones) de cesantes” y otras formas de asociaciones solidarias. Sin embargo, mientras las primeras, las organizaciones orientadas al cambio político, rindieron frutos, apurando el retorno a la democracia, las segundas, orientadas a la economía popular, fueron manifiestamente más débiles.

El movimiento de pobladores, en contra de toda predicción, fue el más activo en dictadura, aun sin contar con organizaciones nacionales que les hubiesen permitido formas de convocatorias propias para resistir y hacer visible el descontento popular.. Necesitó de alianzas con el sindicalismo, la Iglesia y los partidos políticos tradicionales, que a la larga lo defraudarían, pero, sin dudas fue el

¹⁶ Ibid. P. 187

actor social más activo de las Protestas Nacionales, que iniciaron el camino del fin de la dictadura. La dictadura se derrumbó como producto de la protesta social popular, aunque esta no lograra proyectar políticamente sus proposiciones de cambio en el futuro democrático (tampoco lo logró la Izquierda). Se podría sostener entonces, que se trató de una derrota a medias, que el movimiento no fue derrotado estratégicamente en el campo político por los militares, aunque evidentemente hoy en día la política sea para los pobladores un conjunto de preguntas y tensiones sin resolver.

Pero, la segunda derrota, la de las orientaciones económicas, la del predominio del mercado es la más difícil de encarar, ya que supone el desarrollo de prácticas económicas y productivas que inevitablemente se desarrollaran en los márgenes del sistema y del modelo (con formas de propiedad y de gestión social, como ocurre hoy con las cooperativas y fábricas recuperadas en la Argentina), pero que al mismo tiempo deben ser capaces, en el mediano y largo plazo, de afectar al sistema económico central.

Por cierto, el principal "capital social" del movimiento para enfrentar estos grandes desafíos es su memoria histórica, cargada de experiencias y sentidos tanto relativas a las luchas por el cambio (la Unidad Popular), la solidaridad de base y la resistencia (el tiempo de la dictadura", pero también sobre los devastadores efectos de la represión y la violación de los DDHH, que requieren ser elaborados colectivamente (el silencio, el miedo, las rabia, la impotencia, el disciplinamiento autoritario y la "banalidad del mal", como en su tiempo nos enseñó Hanna Arendt).

3.2. Las nuevas identidades y los nuevos desafíos

En un balance optimista de los 30 años que siguen al golpe de Estado, habría que marcar dos logros identitarios entre los pobladores, el mayor protagonismo que han alcanzado las mujeres y los jóvenes, que emergieron con fuerza en la resistencia a la dictadura y que son hasta hoy los dos sujetos colectivos más activos en las poblaciones chilenas, animando las principales redes de organizaciones populares. Sin embargo sus desafíos no son menores, si se tiene en cuenta que su acción se haya atrapada entre dos lógicas complejas, desestructurante y en cierto sentidos perversas, la lógica del individualismo (o liberalismo popular) funcional al mercado y las coyunturas expansivas de la economía chilena y la lógica del crimen organizado, que alcanza sus mayores desarrollos en las redes del consumo y sobre todo, de tráfico de drogas.

La cuestión de las identidades recorre hoy los debates sobre los nuevos movimientos sociales, sea como constitución de nuevos sujetos colectivos, sea como deseo y política práctica de muchos nuevos movimientos. Sin embargo, la identidad no surge sólo de la acción organizada de los sujetos, sino de las dinámicas sociales más amplias que generan las "relaciones sociales" en la sociedad. Tal sería el caso de lo que he denominado "liberalismo popular", que tiende a desafiliar a los sujetos de la acción colectiva y comunitaria y los vuelve sobre sus dinámicas familiares y de consumo material y simbólico, muchas veces precario, y sujeto por

cierto a los vaivenes de la nueva economía, fundada en la "flexibilización" del mercado laboral. En el otro extremo, crecen y se multiplican las redes de consumo y tráfico, que ensayan y aseguran nuevas estrategias de sobre vivencia. En estas dinámicas, el tráfico, como nos han indicado algunos pobladores de La Legua, puede ser un empleador tremendamente democrático, ya que ocupa en sus distintas tareas y niveles (almacenamiento, distribución, transporte, venta, redes de protección) a niños, jóvenes, mujeres y hombres adultos. El tráfico opera, por cierto en el contexto de redes internacionales, pero localmente se articula en las denominadas redes de micro-tráfico, que reciclando a la vieja y tradicional delincuencia, es capaz de abrir juego hacia diversos sectores, en las diversas tareas de almacenamiento y distribución a pequeña escala. Los cambios no sólo afectan a los tradicionales delincuentes, cuyas jerarquías se ven modificadas así como sus códigos de ética, sino que su capacidad expansiva es veloz en medio de precarias inserciones laborales y también precarios salarios. En muchos casos, es más eficiente para un joven la constitución de un proyecto vital y una identidad articulada con el tráfico que el ingreso a una inestable y malamente remunerada ocupación laboral. El mundo entonces puede ser negado laboralmente haciéndose parte de una red de narcotraficantes, como existencialmente, a través del consumo.

En ambos casos, liberalismo popular orientado al mercado y consumo y narcotráfico, la política popular no tiene espacio y el movimiento de pobladores, articulado en organizaciones orientadas a la vida comunitaria y algún nivel de demanda al Estado, se ve fuertemente tensionado y desafiado en sus capacidades para recrear orientaciones políticas compartidas en el sentido del desarrollo, la democracia local y más ampliamente la democratización de la sociedad. En este contexto, el mayor desafío de los pobladores de hoy, sea tal vez, potenciar su principal capital social, es decir, su memoria histórica, proyectándola políticamente, contribuyendo de este modo a recrear la política como práctica de intercambios y concertaciones "desde abajo" que debate democráticamente en torno a los fines de la sociedad, un debate que hoy en Chile tiene un carácter eminentemente elitista, es decir separado y distante de las dinámicas del pueblo.